

La vi en cuanto entré en la sala de subastas de Ryda. Estaba colgada en la pared pequeña del fondo, junto a una decena de pasteles, paisajes al óleo y fincas fotografiadas desde el aire.

Ahora, al cabo del tiempo, puedo casi imaginarme que me llamaba a gritos por encima de las cabezas de toda la gente que había allí dentro.

No recuerdo cómo llegué hasta ella, debí de ir dando empujones, codazos y patadas en las espinillas de la gente como si me fuera la vida en ello. Justamente lo que no debe hacerse cuando se ven objetos en subasta. Pero nadie se fijó en mí. Y nadie parecía haberla descubierto.

*La Madonna de la daga.* Aunque por entonces no se llamara así, no tuviera nombre; fueron los periodistas quienes, con el tiempo, la bautizaron de esa manera.

Estaba envuelta en una tela de color rojo rubí, con el pelo rubio trenzado en una diadema luminosa sobre la frente, los labios ligeramente entreabiertos como si quisiese decir algo y no pudiera. Era un ser hermoso, con una mirada completamente pura. Y en la mano derecha sostenía la daga, esa daga que muchos historiadores del arte consideran un símbolo fálico.

No puedo, como es natural, pretender que la reconocí. Y sin embargo, eso es lo que tengo que decir: que la reconocí.

Ahora sé que la daga es del siglo XV, que es mora y está hecha de plata y cobre y que se conserva en el palacio del obispo de Senlis.

Y yo no podía entender cómo una pintura así había llegado a un local de subastas de un pueblecito de nuestra pequeña llanura, en el corazón mismo de Suecia.

La pintura tenía ese brillo indescriptible y la claridad que solo un determinado pintor sueco ha podido lograr; parecía esmalte.

Estaba delante de una ciudad que a primera vista parecía compuesta solo de iglesias, era como un bosque de torres de iglesias y de agujas. En una de las torres, la cruz había sido cambiada por una serpiente con una corona en la cabeza. Lo vi claramente cuando saqué la lupa.

Fue una idiotez por mi parte usar la lupa. En las exposiciones que preceden a las subastas hay que aparentar indiferencia. Siempre hay gente acechando alrededor para ver si alguien está a punto de hacer un descubrimiento.

Al momento apareció a mi lado un hombrecito calvo.

—Bonita tela —dijo.

Yo no dije nada. Pero le miré. Tenía una cara rara, jaspeada de rojo y encallecida de grasa, llena de bárbara dignidad. Se parecía a Gulliver en la acuarela aquella que hizo Dardel para la exposición de Oslo.

—Qué bonita es, joder —dijo.

Y recuerdo que agregó:

—Es extraño esto, que uno sienta como arritmia o calambre en las venas al ver un cuadro.

Fue a ella a quien se lo dijo. No a mí, sino a la *Madonna*. Sonaba como un reproche.

Claro, es tan ridículo como difícil hablar de arte. Y de la belleza. La belleza es una perversión; ¿cómo mantener la dignidad cuando se habla de ella?

—Pues tan extraordinaria no es —dije, guardando la lupa en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Has encontrado la firma? —preguntó.

—No hay firma. Debe de ser un trabajo de aprendiz. De alguna escuela de pintura de Gotemburgo.

—Yo soy viudo —dijo luego, como si quisiera presentarse al cuadro.

Después me preguntó si yo era marchante.

—¿Qué iba a hacer un marchante aquí, en Ryda? —pregunté—. En estas subastas no hay más que basura.

—Pero miras la basura con lupa.

—Fue sin querer. Es una costumbre tonta que tengo. En realidad se ve peor con la lupa.

—Tú coleccionas —dijo—. Tú eres coleccionista de arte.

—En estos tiempos no debe de haber nadie que colectione arte —repliqué—. El arte ya no tiene ningún valor.

—Patrañas —dijo Gulliver—. Esto es un cuento que se han inventado los tiburones del mercado de arte. Esos cabrones tratan de engañarnos.

—Yo soy enmarcador —dije—. En la calle mayor del pueblo. Y a veces sí que vendo algún cuadro.

Y me acordé de mis óleos auténticos, pintados a mano. Por lo general, se los compraba de diez en diez a un viajante de Malmö. Si los clientes lo deseaban, solía montarles la iluminación.

—En realidad, era el marco lo que miraba —expliqué—. Se podría poner otra cosa en él.

Era, en verdad, un marco notable. Tallado a mano, dorado y de dos pulgadas de grosor. Alemán, probablemente, de principios de siglo.

—Estoy completamente seguro de haberla visto antes en algún sitio —dijo Gulliver—. No suelo equivocarme.

—Siempre hay cosas que se parecen —comenté—. No hay nada que no se parezca a algo. Todos los cuadros recuerdan a otros cuadros.

—Yo comercio con cualquier cosa —continuó—. Sobre todo con coches. Y con muebles antiguos.

—Los muebles están allí —dije, señalando la otra pared pequeña y las puertas de la rampa de carga.

—Pero voy a dejar todo eso —dijo—. Estoy empezando a hacerme viejo. No se puede uno dedicar a mercancías grandes y voluminosas cuando se han cumplido los sesenta años. Lo único que tiene importancia es, en realidad, el dinero.

No nos mirábamos y no nos importaba la gente que andaba a empujones a nuestro alrededor; solo teníamos ojos para la *Madonna*.

—Yo nunca he pensado ni siquiera en el dinero —dije—. Mirándolo bien, no sé si hay algo que valga la pena de verdad.

—Cuando uno se va haciendo viejo —reflexionó Gulliver—, se da cuenta de que lo único que tiene alguna importancia en la vida es el dinero. El dinero es la sustancia de la existencia.

Y yo me eché a reír con disimulo, como hago con frecuencia. Era cómico oírle usar esas palabras: la sustancia de la existencia.

—El dinero es un resumen de todo —añadió.

No sé cuánto tiempo pasamos allí hablando delante de la Madonna, ninguno de los dos quería dejar al otro solo con ella. No puedo referir al pie de la letra todo lo que dijimos, puesto que ahora tengo que escribir con la mano izquierda, lo cual es engorroso. He de limitarme, pues, a contar lo más importante.

Se me había olvidado mencionar esto: pasaba algo extraño con la mano izquierda de la Madonna. No se veía, estaba fuera del cuadro, daba la impresión de que se apoyaba en el marco o nos ocultaba algo, una especie de secreto que no había sido posible pintar.

A veces, al cabo del tiempo, he llegado a pensar que debí haber sido sincero con Gulliver. Si le hubiera dicho que era una obra maestra, que era la primera obra maestra de mi vida, probablemente habría comprendido que no era nada para él.

Finalmente, sacó del bolsillo una linterna cuadrada que llevaba escondida entre sus ropas, la encendió y dirigió el haz de luz a su rostro.

No era necesario. No estaba oscuro allí dentro. Y su rostro resplandecía de sobra tal como estaba.

Así que le agarré la muñeca con las dos manos y se la retorcí hasta que soltó la linterna, que cayó al suelo y se apagó.

—Deja eso —le grité—. Debe haber límites para lo que tenga que aguantar.

Pisoteé la linterna y me fui; no hice caso de sus gritos que me conminaban a volver, ni de toda aquella gente que había en la subasta, súbitamente callada y con los ojos clavados en mí.

Ahora sabía que tenía veinticuatro horas para conseguir dinero, todo el dinero posible. El sábado a las once empezaría la subasta. Al contado al dar el mazazo. Es una regla que jamás se puede transgredir.

Y aquí tengo que relatar cómo hice para proveerme realmente de dinero por primera vez en mi vida. Puede parecer desconcertante, pero este pequeño informe debe iniciarse con unas cuantas palabras sobre mi bisabuelo.

Se llamaba Johan Andersson y era propietario de una finca denominada Gårdsbrinken, en el pueblo de Raggsjö, en el interior de la región de Västerbotten.

En la primavera de 1901 llegó un misionero a Raggsjö. Bueno, misionero no era, pero quería serlo. Lo único que necesitaba era dinero. Apenas lo tuviera, se iría a África.

Convocó cuatro reuniones y predicó y reunió doscientas coronas.

Cuando predicaba iba vestido de frac y cuello almidonado. Todos se acordaban de eso.

Dejó una dirección en Estocolmo a la que, en lo sucesivo, se pudiera enviar el dinero.

Así fue como los vecinos de Raggsjö empezaron con las subastas a beneficio de las misiones. Una en marzo y otra en noviembre.

El 18 de noviembre de 1903, Johan Andersson pujó por un cofre negro en la subasta misionera de Raggsjö. No estaba muy bien hecho, los lados no estaban ensamblados con cola, sino encajados, y la bisagra estaba torcida y no tenía el menor adorno ni decoración. Mi bisabuelo Johan Andersson era un buen carpintero, hubiera podido hacer él mismo un cofre hermoso e impecable. Pero quería demostrar que era capaz

de pasar por alto defectos y quebrantos, que también lo mediocre merecía su aprecio. Pujó por el cofre para declarar así que amaba al mundo y a la humanidad. Mi abuelo fue hijo único, por eso heredó el cofre.

Y eso fue lo único que heredó.

El bisabuelo Johan Andersson lo había dado todo por las misiones. Al final debía siete años de impuestos y entonces el Estado se apropió de la finca. Tenía sesenta y tres años, era viudo y se trasladó a una dependencia de la finca de Finnberg, en Norsjö. Con aquel cofre negro.

Debajo del cofre, en la madera sin pintar, había grabado estas palabras: *Pujado en la subasta de las Misiones de Raggsjö el 18 de noviembre de 1903 por Johan Andersson. ¡ALABADO SEA EL SEÑOR!* Son las letras más primorosamente perfiladas y maravillosas que he visto nunca.

Y ahora tengo que decir la verdad: todo, lo que se dice todo, no se lo había dado a las misiones.

De vez en cuando había guardado una moneda o un billete en el cofre. Como si hubiera pensado: Tal vez hay una meta más alta que las misiones, superior incluso a Dios. Hay que estar preparado para todo.

Ese dinero no lo tocó nunca, ni siquiera cuando Hacienda se quedó con la finca. Pero si alguna vez daba la casualidad de que tuviera unas perras en la mano, unos céntimos que no necesitara de inmediato, entonces los guardaba en el cofre.

Y le enseñó a mi abuelo que así tenía que ser, que cuando un día el cofre fuera suyo tenía que hacer lo

mismo, jamás coger sino únicamente dar, ninguna otra cosa le estaba permitido hacer más que cambiar las monedas en billetes y los billetes pequeños en grandes de modo que, al final, pudiera caber en el cofre una suma incalculable; bueno, la infinitud misma.

—Pero ¿para qué va a ser el dinero? —preguntaba entonces mi abuelo.

Y mi bisabuelo decía que eso no se podía saber, que ya se vería, un linaje puede sobrevivir el tiempo que sea, alguna vez se presenta una necesidad impostergable, un día cualquiera un descendiente y heredero sabrá que ha llegado el momento, contará el dinero y lo usará.

Cuando al bisabuelo solo le quedaban un par de meses de vida, llegó de Estocolmo un recado: el misionero había muerto y, por tanto, no valía la pena enviar más dinero. Nunca se había ido a África, su cuerpo de borracho había sufrido una embolia en un restaurante de nombre Dambergs.

Mi abuelo preguntó si hacía falta dinero para el entierro. Y luego dijo:

—Todo lo que nos rodea es probablemente falso, pero nosotros somos auténticos.

Este es el único juicio de mi bisabuelo que se recuerda, razón por la cual puedo referirlo al pie de la letra.

Y mi abuelo se fue a vivir al Sur. Si alguien le preguntaba dónde vivía, respondía: «En el sur de Suecia». En un terreno abandonado y lleno de cardos y margaritas levantó un taller de carpintería. El dinero lo

obtuvo por casamiento con la hija de un labrador a la que nadie había querido. Ella fue mi abuela.

Él fabricaría pianos.

Sus pianos estaban hechos enteramente de madera. Ciertamente, las cuerdas eran de metal, pero todo lo demás —ejes, molduras y bisagras—, era de madera. Y el cuadro era de madera, y hasta la cabeza de los martillos.

Él solo sabía tocar una pieza: «Oh, Señor, fuente de toda verdad, creo en las palabras de tu promesa». Pero en realidad no creía en nada. A excepción de ese piano que había inventado.

Yo llevo el nombre de uno de los hijos del fabricante de pianos Heinrich Steinway: Theodor.

Jamás se construyeron en Suecia instrumentos más hermosos que los del abuelo. Parecían escritorios de la época de Gustavo III. Uno de ellos está allá, en el pueblo, en el Museo Provincial. Encima cuelga un retrato de Oscar II. Forma un conjunto de muy buen gusto.

Pero la mecánica era un tanto incierta y caprichosa. No había una relación clara entre las teclas y los sonidos, y si se tocaba un *do*, el piano podía muy bien producir un *fa* sostenido. Era imposible afinar los pianos del abuelo. Apenas el afinador se incorporaba, una vez terminado el trabajo, se podía tocar la mitad de una canción infantil. Luego, los acordes se volvían tan desafinados que la melodía se deshacía completamente hasta desaparecer. Era como si el abuelo hubiera querido encerrar en un solo instrumento toda la falsedad del mundo.

La quiebra llegó como una liberación, el fiscal archivó los tres procesos por estafa y fraude que pesaban sobre el abuelo. Y el funcionario del desahucio le permitió quedarse con la caja de instrumentos, las garlopas, un par de serruchos, la escuadra, el cepillo de ingleses y un banco de carpintero. Así fue como nos hicimos enmarcadores.

Pero mi abuelo jamás sacó una corona del cofre negro, nada. A pesar de haberlo perdido todo, con bastante frecuencia encontraba una especie de remanente para meter en él.

En una ocasión, a mi abuela le tocó una herencia de América. La herencia acabó en el cofre.

Los pianos del abuelo olían bien. Cuando alguien intentaba tocarlos, y todas las pequeñas piezas se ponían en movimiento y se frotaban unas con otras, salía un aroma maravilloso a madera de peral y de cerezo, un perfume que casi se podía comparar con cualquier música para piano.

Pero el abuelo estaba convencido de que en algún lugar tenía que haber alguien que fuera verdaderamente capaz de tocar sus pianos. «Se trata solo de ser ingenioso y previsor para poder detener todos los disparates que se le ocurran al piano», decía.

Y se trasladó a nuestro pueblo, en la llanura; mi abuela y él alquilaron esa casita verde de madera en la carretera, donde ha estado siempre, desde entonces, el taller de enmarcar. Eso fue en 1929. Al cabo de unos años consiguieron comprar la casa. A través de los dos escaparates hemos visto siempre la tienda de música

*El Acorde* al otro lado de la calle y nunca hemos podido comprender cómo podía salir adelante esa tienda, solo con acordeones, guitarras, flautas, partituras y la clientela menos musical de Suecia.

Pero de los marcos no puede prescindir la gente. Si se quiere realzar o consagrar algo, hay que enmarcarlo. Un campesino de Fridhem le había regalado cien coronas al parlamentario Joseph Goebbels de Berlín. Mi abuelo enmarcó la carta de agradecimiento. Y reproducciones y pinturas originales y espejos y diplomas de la Sociedad de Economía y de la Asociación Lechera. Nos iba bien.

Mi padre nació en el año 1936; fue hijo único. Nosotros siempre hemos sido hijos únicos. Y viudos y viudas y solteros. Ahora, al escribirlo, me doy cuenta de que en la familia han sido bastante frecuentes diversas clases de soledad.

Mi abuelo era alto y delgado y tenía el pelo ralo, rubio entrecano, su aspecto era como el mío. Solo leía libros de un escritor, Arthur Schopenhauer. Yo he heredado su biblioteca, seis volúmenes en una gastada encuadernación de media pasta.

Mi abuela murió en agosto de 1938; estaba llevando la carretilla con un pesado espejo de marco dorado para la casa rectoral y le estalló el corazón. Tenía un seguro de vida de mil coronas; mi abuelo las guardó inmediatamente en el cofre.

Mi padre solo tenía dos años, mi abuelo se hizo cargo de él, lo educó y más adelante se preocupó de que fuera un buen estudiante. Por las tardes y por las

noches se sentaba en el taller de enmarcar, a hacer dibujos y descripciones para construir nuevos pianos y pianos de cola y también órganos y extrañas máquinas de música que él inventaba y que otros habían inventado seguramente varios cientos de años antes.

Finalmente yo heredé todos esos planos. No he pensado en ellos en varios años. Por la presente los dono al Museo Técnico de Estocolmo. O a la Academia de Música. La última vez que los vi estaban en una caja de cartón detrás del armario de las orlas. En la caja se lee ELLOS AB Borås.

Cuando mi padre terminó la escuela, empezó a trabajar en el taller de enmarcar. Nunca llegó a ser un buen enmarcador. Era descuidado al encolar y muchas veces clavaba los clavos torcidos, de manera que la orla se resquebrajaba. Mientras permanecí en el taller, los clientes solían volver con trabajos que él había hecho tiempo atrás y que yo tenía que rehacer por completo.

Mi madre entró como dependienta en la tienda de música y así la conoció él. Cuando la tienda de música cambió de dueño, en 1961, mi madre se quedó sin empleo y mi padre se hizo cargo de ella. Aunque, a decir verdad, quien necesitaba que alguien se hiciera cargo de él era mi padre. Era enfermizo y melancólico y sufría dolorosos calambres en la cara; muchas veces se veía obligado a dejar a los clientes solos en la tienda y se retiraba a la trastienda para estar solo con sus espasmos. En una ocasión ganó cinco mil

coronas con un billete de lotería que mamá le había comprado. Pero no tenía sueños ni esperanzas, sino tan solo sentido del deber. Así que metió el dinero en el cofre negro y lo olvidó en el acto.

En el cuarto interior, el que está detrás del taller, dormía el abuelo, que se había trasladado allí cuando se casaron mis padres. Al envejecer, empezó a sacudir la cabeza, quizá en una especie de réplica a las desenfundadas muecas de mi padre, o quizá como expresión de una cierta certeza a la que por fin había accedido. Nadie se atrevió o quiso nunca preguntárselo.

La gran figura de nuestra familia fue el abuelo. Él fue la cumbre, sus pianos perdurarán. En todas las familias hay una persona así, todos los demás no somos más que relleno.

Yo nací en 1964. Pero eso no significó un cambio importante para nosotros. Las láminas gráficas, sobre todo las litografías, habían empezado a ser populares y muy solicitadas, de modo que teníamos muchas para enmarcar y mi abuelo y mi madre compraban de vez en cuando una docena en la Asociación para el Fomento Artístico. Habría sido necesario algo mucho más dramático que mi nacimiento para que nuestra vida cambiara. El abuelo solía decir que si algo cambia es porque alguna otra cosa ha cambiado antes. Schopenhauer, claro. Y es que nunca había ninguna otra cosa que cambiara.

Yo tenía solo tres años cuando murió mi padre. Fue así:

Teníamos ratas en el sótano. Ninguno de nosotros bajaba allí nunca. Cuando nosotros —es decir, mi abuelo y mi madre, no yo porque apenas si había nacido— abríamos la puerta del sótano y escuchábamos, podíamos oírlas. Las ratas metían ruido y chapoteaban y mascullaban, de manera que cerrábamos en seguida la puerta de un portazo. Y olía a amoniaco, a fermentación y a podredumbre. Lo único que se podía hacer era dejar en paz a las ratas en su sótano.

Pero no eran ratas.

Cuando mi abuelo y mi abuela fueron a vivir a esa casa, el sótano estaba lleno de damajuanas de vidrio. Y allí se quedaron, serían de alguien que vendría a recogerlas. Pero con el tiempo, mi padre se encargó de ellas en secreto y las fue llenando de azúcar, zumo de frutas, trozos de patata, agua templada y levadura. Eran esos brebajes los que bullían, chillaban, hacían ruido y apestaban de modo tan repulsivo y equívoco allá abajo, en la oscuridad.

Es imposible saber cuándo empezó a hacer esa destilación. Probablemente andaba ya siempre aturrido cuando conoció a mi madre. Cuando la intoxicación finalmente le segó la vida tenía treinta y un años. Pero mi madre nunca quiso reconocer la verdad. Afirmaba categóricamente que había muerto a causa de sus desenfadados espasmos y muecas.

Por lo que a mí respecta, he adquirido el hábito de tomar aguardiente de vez en cuando. Pero solo aguardiente puro, sin especias, incoloro y sin diluir. Medio vaso de vino o así.

Fue el abuelo el que despejó el sótano, apiló las damajuanas en la carretilla y las llevó al vertedero de basuras. Yo no me acuerdo de nada de eso y no tengo ningún recuerdo de mi padre. Todos mis recuerdos los he recibido de mi abuelo.

Mi madre nunca lograba recordar nada tal como había sido en realidad, sino que todos sus recuerdos estaban como cubiertos de un barniz dorado. Cuando dejó de trabajar en la tienda de música le regalaron una mandolina de recuerdo. Ella siempre decía que era una mandolina original. En una ocasión, mi abuelo había cambiado un espejo de dormitorio por una alfombra hecha a máquina y llena de manchas, pero para ella se trataba de la alfombra auténtica. De mi padre solía decir: «Era una de esas personas honradas y cabales». Todas las noches, cuando íbamos a acostarnos, decía: «Estoy tan agradecida de que tengas una infancia realmente feliz». Y solo de oírsele resultaba casi verdad. Cuando se puso enferma y la madre de Paula le dijo que tal vez solo se tratara de un nódulo, mi madre dijo exactamente lo que yo temía que dijera: «No, es un verdadero tumor».

Pero era mejor enmarcadora que mi padre. Nadie se ha quejado nunca de su trabajo. En realidad, fue ella la que me enseñó el oficio, mi abuelo se pasaba el día sentado en una silla dando cabezadas o hablando con los clientes o leyendo. Cuando leía tenía siempre lápiz y regla en la mano, en los libros que he heredado, las páginas están sembradas de subrayados. Yo no he tenido que leer a Schopenhauer

de principio a fin, pues me he atendido a las líneas y párrafos que mi abuelo había subrayado.

El cofre negro estaba detrás de la cama de mi madre. Casi siempre se hablaba de la fortuna familiar o el capital de la familia. Ella había hecho una cubierta para taparlo, una funda de terciopelo azul oscuro.

Mi madre murió el verano en que terminé el bachillerato. El abuelo y yo tratamos de vender el taller de enmarcar, pero nadie quiso comprarlo. Habíamos decidido que yo estudiaría en Gotemburgo, durante muchos años mi madre me había llamado su pequeño historiador de arte, a veces había dicho mi amanuense o mi conservador.

Max Ernst murió en la primavera de ese mismo año. El semanario *Vecko-Journalen* reprodujo *El gran bosque* en las páginas centrales. Me pasaba los días enteros mirándolo. No lo entendía, pero me producía una impresión de placentero desconcierto, era como había sido mi madre.

Yo no tenía elección, debía ocuparme de mi abuelo y del taller de enmarcar. Eso fue lo que hice luego durante diez años.

Aunque a mi abuelo lo perdí tres años después.

Compré un coche para la empresa. Una vieja furgoneta Volvo. También me ocupé del cofre familiar. De no haber sido por los libros de arte, seguramente hubiera podido prescindir más del dinero. Los libros de arte son casi tan caros como las obras de arte. Al final llegué a tener dos mil volúmenes sobre pintura y arte gráfico en mis estanterías.

Y seis tomos de Schopenhauer.

Muchos de los artistas de las ciudades cercanas querían que les ayudara a vender sus cuadros. Querían hacer exposiciones en el taller. Pero yo me negaba, me circunscribía a los óleos auténticos pintados a mano que me procuraba un viajante de Malmö. Las pinturas verdaderamente malas tienen una dignidad y una autenticidad completamente distintas del arte mediocre con pretensiones de seriedad. También me deshice de las láminas gráficas que mi abuelo y mi madre habían comprado en la Asociación para el Fomento Artístico.

La verdad es que los libros de arte eran el motivo de mi presencia en la subasta de Ryda. Son libros que pueden aparecer en cualquier sitio. Los tres tomos de Blunt sobre Poussin los encontré en la subasta de los bienes de un maestro en Brämhult.